

HELENA
ROSENBLATT



LA HISTORIA
OLVIDADA
del
LIBERALISMO

Desde la
antigua Roma hasta
el siglo XXI

CRÍTICA



Helena Rosenblatt

La historia olvidada del liberalismo

Desde la antigua Roma hasta el siglo XXI

Traducción castellana
de Yolanda Fontal

Crítica
Barcelona

Primera edición: marzo de 2020
Primera edición en esta nueva presentación: noviembre de 2025

La historia olvidada del liberalismo. Desde la antigua Roma hasta el siglo XXI
Helena Rosenblatt

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estará contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayude a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Lost History of Liberalism: From Ancient Rome to the Twenty-First Century*

© Princeton University Press, 2018

© de la traducción, Yolanda Fontal Rueda, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-617-0
Depósito legal: B. 18.503-2025
Printed in Spain - Impreso en España



1

El significado de liberal desde Cicerón hasta Lafayette

Liberal: 1. No humilde, no de clase baja. 2. Convertirse en un caballero. 3. Munificente, generoso, dadivoso.

A DICTIONARY OF THE ENGLISH LANGUAGE, 1768

SI PREGUNTÁRAMOS HOY qué significa «liberalismo», obtendríamos una gran variedad de respuestas. Es una tradición de pensamiento, una forma de gobierno, un sistema de valores, una actitud o un marco mental. Sin embargo, todo el mundo convendrá en que el liberalismo tiene que ver principalmente con la protección de los derechos y los intereses individuales, y que los gobiernos están ahí para protegerlos. Los individuos deberían disponer de la máxima libertad para poder tomar sus propias decisiones en la vida y obrar como deseen.

No obstante, lo cierto es que este énfasis en el individuo y en sus intereses es algo muy reciente. La palabra «liberalismo» ni siquiera existió hasta principios del siglo XIX y, durante cientos de años antes de su nacimiento, ser liberal significaba algo muy diferente. Durante casi dos mil años significó exhibir las virtudes de un ciudadano, mostrar devoción por el bien común y respetar la importancia de la conexión mutua.

LOS COMIENZOS REPUBLICANOS: UN IDEAL MORAL Y CÍVICO

Podríamos empezar por el estadista y escritor romano Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.), uno de los autores más leídos y citados de la historia del pensamiento occidental, quien escribió con elocuencia sobre la importancia de ser liberal. La palabra deriva del término latino *liber*, que significa tanto «libre» como «generoso», y *liberalis*, «propio de una persona nacida libre». El sustantivo correspondiente a estas dos palabras era *liberalitas* o «liberalidad».

En primer lugar, en la antigua Roma ser libre significaba ser un ciudadano y no un esclavo. Quería decir estar libre de la voluntad arbitraria de un amo o de la dominación de cualquier hombre. Los romanos creían que este estado de libertad solo era posible en un Estado de derecho y con una constitución republicana. Eran necesarios mecanismos jurídicos y políticos para garantizar que el Gobierno se centrara en el bien común, en la *res publica*. Solo si se daban estas condiciones podía un individuo esperar ser libre.

No obstante, los antiguos romanos pensaban que para ser libre se requería algo más que una constitución republicana; también era necesario que los ciudadanos practicaran la *liberalitas*, esto es, que tuvieran una manera noble y generosa de pensar y tratar a los conciudadanos. Lo contrario era el egoísmo, o lo que los romanos llamaban «servilismo», un modo de pensar o actuar que solo se tiene en cuenta a uno mismo, sus beneficios y sus placeres. En su sentido más amplio, la *liberalitas* significaba la actitud moral y magnánima que los antiguos consideraban esencial para la cohesión y el buen funcionamiento de una sociedad libre. La traducción de la palabra es «liberalidad».

Cicerón describió en *Sobre los deberes* (44 a.C.) la *liberalitas* de un modo que resonaría durante siglos. Escribió que la *liberalitas* era el «vínculo de la sociedad humana». El egoísmo no solo era repugnante moralmente, sino también destructivo socialmente. La «ayuda mutua» era la clave de la civilización. Los hombres libres tenían el deber moral de comportarse con liberalidad los unos con otros. Y ser liberal significaba «dar y recibir» de un modo que contribuyera al bien común.

Cicerón afirmaba que los hombres no han nacido solo para sí mismos; han sido engendrados en razón de los hombres:

Por otra parte, ya que no hemos nacido solo para nosotros; y ya que... los hombres han sido engendrados en razón de los hombres —para que entre ellos puedan favorecerse unos a otros—, debemos seguir la guía de la naturaleza en lo de poner a disposición general los bienes de utilidad común mediante la prestación de servicios, aportando y recibiendo; y en lo de afianzar la asociación de los hombres entre sí tanto mediante experiencia como por el esfuerzo, como con los recursos.¹

Un siglo después de Cicerón, otro famoso e influyente filósofo romano, Lucio Anneo Séneca (c. 4 a.C.-65), desarrolló el principio de *liberalitas* en su tratado *De los beneficios* (63). Séneca puso mucho empeño en explicar cómo dar, recibir y devolver regalos, favores y servicios de un modo que fuera moral y, por tanto, constitutivo del vínculo social. Al igual que Cicerón, creía que para que un sistema basado en el intercambio funcionara correctamente era necesaria una actitud liberal tanto en quienes dan como en quienes reciben;

en otras palabras, un talante desinteresado, generoso y agradecido. Séneca, inspirándose en el estoico griego Crisipo (c. 280-207 a.C.), utilizaba como alegoría de la virtud de la liberalidad la danza circular de las Tres Gracias: dar, recibir y devolver favores. Para pensadores antiguos como Cicerón y Séneca, la liberalidad hacía girar el mundo y lo mantenía unido.

Ser liberal no era fácil. Cicerón y Séneca explicaban detenidamente los principios en los que se debían basar el dar y el recibir. Al igual que la propia libertad, la liberalidad requería un razonamiento correcto y fortaleza moral, autodisciplina y control. También era claramente una ética aristocrática, concebida por y para hombres ricos, acaudalados y bien relacionados que estaban en condiciones de dar y recibir favores en la antigua Roma. Se consideraba una cualidad especialmente encomiable en la clase patricia y entre los gobernantes, como muestran muchas inscripciones antiguas, textos y dedicatorias oficiales.

Si la *liberalitas* era una virtud adecuada para los aristócratas y gobernantes, también lo era la educación en las artes liberales que los formaba para ella y que exigía disponer de abundante riqueza y tiempo libre para estudiar. Su propósito primordial no era enseñar a los estudiantes a enriquecerse o formarlos para una profesión, sino prepararlos como miembros activos y virtuosos de la sociedad. Su objetivo era enseñar a los futuros dirigentes a pensar correctamente y hablar con claridad en público, lo que les permitiría participar eficazmente en la vida civil. Los ciudadanos no nacían, se hacían. Cicerón afirmaba con frecuencia que las artes liberales debían enseñar *humanitas*, una actitud humana hacia los conciudadanos. El historiador griego y ciudadano romano Plutarco (46-120) escribió que una educación liberal daba sustento a una mente noble y conducía al perfeccionamiento moral, la actitud desinteresada y el civismo de los gobernantes.² En otras palabras, era esencial para inculcar la liberalidad.

REARTICULACIONES MEDIEVALES: LA CRISTIANIZACIÓN DE LA LIBERALIDAD

Una vez que la antigüedad dio paso a la Edad Media, esta vieja visión de la liberalidad no desapareció del todo, sino que fue cristianizada y divulgada por los primeros padres de la Iglesia, como san Ambrosio.³ San Ambrosio, que escribió un tratado expresamente inspirado en *Sobre los deberes* de Cicerón, reformuló las principales ideas y principios de este. Escribió que toda comunidad verdadera se basaba en la justicia y la buena voluntad, y que la liberalidad y la amabilidad eran lo que mantenían a la sociedad unida.⁴

Así pues, durante la Edad Media la liberalidad incorporaba valores cristianos como el amor, la compasión y especialmente la caridad, valores considerados necesarios no solo en las repúblicas, sino también en las monarquías. A los cristianos se les decía que Dios era liberal en su misericordia, al igual que Jesús con su amor. Los cristianos debían imitar a Dios amando y dando sin esperar nada a cambio. Desde la Edad Media, los diccionarios, ya fueran franceses, alemanes o ingleses, definían «liberal» como la cualidad de alguien «al que le gusta dar» y la «liberalidad» como «la cualidad de dar o gastar alegremente». Grandes teólogos medievales como Tomás de Aquino divulgaron estas ideas en sus textos.⁵

La Iglesia medieval siguió considerando que las artes liberales eran el programa educativo ideal para los dirigentes de la sociedad. Se estimaba que las artes liberales, que se comparaban con frecuencia con las «artes mecánicas» o «serviles» que atendían las necesidades más básicas de la humanidad, como, por ejemplo, la costura, la tejeduría y la forja, promovían la excelencia ética e intelectual. Preparaban a los jóvenes para desempeñar papeles activos en el sector público y prestar servicio al Estado. Al igual que en el mundo antiguo, una educación en las artes liberales era también una señal de estatus, que diferenciaba a la élite del resto. Se instaba a todos los cristianos, ricos o pobres, a ser liberales, pero se seguía considerando que la liberalidad era particularmente importante en las personas «de una posición social superior».

EL RENACIMIENTO DE LAS ARTES LIBERALES

La liberalidad siguió siendo durante el Renacimiento una virtud aristocrática o «princepsca». Como explicaba uno de muchos textos renacentistas, la avaricia era un «clara señal de un espíritu innoble y malvado», mientras que la liberalidad era la virtud propia del aristócrata.⁶ Se amplió el ámbito de la educación en las artes liberales y aumentó su prestigio. El humanista italiano Pietro Paolo Vergerio (1370-1445), un admirador de Cicerón, reformuló muchas ideas clásicas sobre la educación en su tratado *La educación del gentil-hombre*. Publicado por primera vez en 1402, contaba ya con cuarenta ediciones antes de 1600 y se convirtió en el tratado pedagógico renacentista copiado y reimpresso con más frecuencia. Vergerio explicaba que una educación en las artes liberales elevaba a quienes la recibían por encima de la «muchedumbre irreflexiva».⁷ Los preparaba para los puestos de liderazgo y legitimaba su derecho a estos. En compañía de los libros, no existía la codicia; los jóvenes eran instruidos en la sabiduría y la virtud, en los deberes de la ciudadanía.

El hecho de que el tratado de Vergerio se centrara en los hombres no era en absoluto casual, ya que la educación liberal se concibió desde un principio

teniendo en mente a los hombres jóvenes y no a las mujeres. Asociada a la independencia, la oratoria y el liderazgo, era muy difícil imaginar su relevancia y su valor para las mujeres. Según el humanista español Juan Luis Vives (1493-1540), que escribió la principal obra renacentista sobre la educación femenina, *De institutione feminae christianae* (*Instrucción de la mujer cristiana*, 1524), un libro que fue traducido al inglés, el holandés, el francés, el alemán, el español y el italiano, la educación de las mujeres debía centrarse en las tareas domésticas y, sobre todo, en mantenerlas castas. Si bien era lógico que un hombre adquiriera «conocimientos de muchas y diversas materias que serán de provecho para sí mismo y para el Estado», una mujer estaba suficientemente instruida cuando se le había enseñado «castidad, silencio y obediencia». ⁸ A este respecto, se consideraban especialmente eficaces los textos religiosos.

No obstante, esto no significa que no hubiera mujeres en el Renacimiento que recibieran una educación en las artes liberales. Está demostrado que algunas mujeres de la aristocracia llegaron a ser altamente educadas. ⁹ Varias de ellas incluso escribieron tratados en defensa de las artes liberales. Sin embargo, los prejuicios contra las mujeres liberales ayudan a explicar por qué, en aquellas extraordinarias ocasiones en que una mujer recibía una educación, esta reflejaba la liberalidad de su padre, más que la de ella. Confería honor y prestigio a un paterfamilias del Renacimiento porque mostraba que se podía permitir semejante lujo y que no tenía que preocuparse de casar a una hija excesivamente educada. Aun así, muchas veces se ridiculizaba y denostaba a las mujeres que habían recibido educación. Una afirmación recurrente era que la educación avanzada volvía masculina a una mujer. Otra, que la convertía en una depredadora sexual. Incluso la palabra «liberal» era problemática cuando se utilizaba para describir a una mujer, ya que a menudo adquiría una connotación sexual. Una mujer liberal se volvía sexualmente promiscua. Una balada de aproximadamente 1500, que refleja los arraigados prejuicios sobre las supuestas astucia, naturaleza pecaminosa y lascivia de las mujeres, advierte de que estas suelen ser «liberales... en secreto». ¹⁰

Sin embargo, en el caso de los muchachos renacentistas, sobre todo aquellos destinados a ocupar puestos de poder e influencia, se consideraban esenciales tanto la liberalidad como la educación en las artes liberales que los preparaba para ello. El humanista, sacerdote y teólogo holandés Erasmo de Róterdam (1466-1536) se refirió a estos jóvenes tan bien instruidos como «los semilleros de los que surgirán senadores, magistrados, médicos, abades, obispos, papas y emperadores». ¹¹ Sus dos tratados sobre la educación, *Educación del príncipe cristiano* (1516) y *De pueris statim ac liberaliter instituentis* (*La enseñanza firme pero amable de los niños*, 1529), ¹² recomendaban las artes liberales por considerarlas segundas en importancia en la formación de

los individuos (ricos y varones), solo por detrás de la piedad cristiana. Se aseguró de aclarar que la «liberalidad» significaba algo más que «repartir regalos»; significaba «usar [tu] poder para el bien».¹³ Entre los artistas renacentistas, la liberalidad siguió estando simbolizada por la antigua alegoría de las Tres Gracias. El erudito humanista Leon Battista Alberti (1404-1472) hizo referencia a Séneca cuando explicó que «una de las hermanas da, otra recibe y la tercera devuelve el favor; todos estos grados deberían estar presentes en cualquier acto de perfecta liberalidad».¹⁴ Para Alberti, como para tantos otros pensadores renacentistas, la virtud de la liberalidad era esencial en cualquier sociedad libre y generosa.¹⁵

LA POLÍTICA DE LA DONACIÓN

Los textos renacentistas exhortaban a menudo a las élites a reflexionar detenidamente sobre cómo adquirir y administrar su riqueza. Los manuales de conducta explicaban que la liberalidad era una virtud moral que moderaba «el deseo y la codicia de dinero» de los hombres. La liberalidad también tenía que ver con gastar el dinero «provechosamente y no en exceso».¹⁶ Un hombre liberal utilizaba su riqueza para mantener su hogar, a sus amigos y parientes; también ayudaba a quienes, debido a circunstancias ajenas a su voluntad, habían caído en la pobreza. No gastaba dinero para alardear.¹⁷ De hecho, saber cómo gastar era una prueba del valor de una persona.¹⁸

Esta preocupación por el gasto adecuado se consideraba una cualidad especialmente importante en los gobernantes. *El cortesano* (1528) de Baltasar Castiglione, el principal manual de valores aristocráticos de la época, afirmaba que «el príncipe bueno y sabio... debía estar lleno de liberalidad» y que Dios le recompensaría por ello.¹⁹ No obstante, también se recomendaba a los gobernantes no ser pródigos. Erasmo aconsejaba a los príncipes que practicasen la moderación y el discernimiento en sus gastos y, sobre todo, que nunca tomaran de quienes lo merecían para dárselo a quienes no eran dignos.²⁰ Nicolás Maquiavelo (1469-1527), con esa particular combinación de realismo e idealismo que le hizo famoso, advertía que un príncipe liberal no debía gastar por encima de sus posibilidades, ya que eso solo serviría para agotar sus recursos y obligarle a aumentar los impuestos, lo que oprimiría a su pueblo y concitaría su odio.²¹ Asimismo, el escritor francés Michel de Montaigne (1533-1592), a quien se suele considerar el fundador del escepticismo moderno, advertía a los gobernantes de que debían usar la justicia y la deliberación en su liberalidad para no «verter la semilla con el saco».²²

En los siglos XVII y XVIII, se exhortaba a las élites y a los gobernantes a ser liberales, pero sin donar de manera indiscriminada. El estadista y escritor

francés Nicolas Faret (1596-1646) distinguió expresamente la liberalidad de la donación indiscriminada. La generosidad de un príncipe tenía que estar guiada siempre por la razón, la prudencia y la moderación. Debía extenderse de manera ordenada a las «personas de bien», prestando la debida atención al rango, la cuna, la edad, los medios y la reputación. Y lo que es más importante: un príncipe no debía ser nunca «perniciosamente liberal»; es decir, no debía dar de un modo que pudiera agotar sus propios fondos.²³ Otros manuales muestran un interés similar por diferenciar entre el gasto excesivo de los nuevos ricos y la reconocida virtud de la liberalidad. La primera edición del *Diccionario de la Academia Francesa* (1694) definía «liberal» como «que le gusta dar... a personas de mérito»; para su cuarta edición había añadido «existe una gran diferencia entre un hombre pródigo y un hombre liberal».

EVOLUCIÓN PROTESTANTE

La Reforma protestante alteró el significado católico de la liberalidad, pero sutilmente, al menos al principio. Las biblias protestantes ayudaron a difundir la idea de que la liberalidad no era solo un valor principesco o aristocrático, sino también un imperativo cristiano universal. Allí donde las traducciones anteriores de la Biblia vertían la palabra «generoso» como «noble» o «digno de un príncipe», las nuevas versiones inglesa y puritana suprimían la asociación con una posición elevada y sustituían el término «liberal». En la versión del rey Jacobo (1604-1611), la palabra aparece varias veces y en todas ellas hace referencia a donar generosamente, especialmente a los pobres.²⁴ Además, Proverbios 11:25 sugiere que Dios recompensa el comportamiento liberal: «El alma liberal será engordada; y el que saciare, él también será saciado».

Un sermón pronunciado ante el rey inglés Carlos I en Whitehall el 15 de abril de 1628 sugiere un sutil cambio de enfoque. John Donne (1572-1631), poeta, abogado y clérigo, empezó reiterando el conocido principio de que la liberalidad era esencial en el caso de los reyes, los príncipes y las «grandes personas», pero a continuación añadió que incluso la población en general, es decir, el pueblo, debía ser liberal. Tras recordar a su congregación que «Cristo es un Dios liberal», Donne declaró que era importante que todos los cristianos dieran generosamente. Y añadió que ser liberal no consistía solo en compartir la riqueza. De lo que se trataba era de encontrar continuamente «nuevas maneras de ser liberal». Siguiendo a Isaías 32 («Mas el liberal pensará liberalidades; y por liberalidades subirá»), debían «creer los propósitos liberales», «aceptar los planteamientos liberales» y «aplicarlos liberalmente». Donne exhortó a su congregación a demostrar su liberalidad despojándose

de cualquier mal sentimiento hacia los demás. Ser liberal tenía que ver no solo con compartir el oro, sino también el conocimiento y la sabiduría. Donne instaba a que estos fueran transmitidos, incluso a la población en general. No obstante, Donne hacía una advertencia relevante: era importante que uno fuera liberal solo con los cristianos o sería culpable de «prodigalidad espiritual», una transgresión.²⁵

El propósito que subyacía en la tan cacareada liberalidad, alentada sin fin en tratados morales y sermones, no era redistribuir la propiedad de manera significativa o perturbar el orden político-religioso. La mayoría de los predicadores cristianos, ya fueran católicos o protestantes, enseñaban que se debía dar según la posición de uno en la sociedad y no de un modo que pudiera ponerla en peligro. Mateo 26:11 afirma que «siempre tendréis pobres con vosotros», y en general se interpretaba como que la pobreza era una parte ineludible del orden político y social. Como explicaba un típico manual de buenas maneras inglés: «Dios, en su sabiduría, al discernir que la igualdad de condiciones sembraría confusión en el mundo, ha ordenado varios estados y ha destinado a unos a la pobreza y a otros a la riqueza». No obstante, la liberalidad difundía una sensación de buena voluntad, benevolencia y fraternidad cristiana; sostenía la sociedad y la mantenía unida.²⁶

Por tanto, en varios aspectos importantes, la liberalidad en la Europa de principios de la época moderna tenía por objeto preservar el orden sociopolítico y religioso vigente. Como sabían Cicerón, Séneca y sus muchos discípulos, los regalos eran una especie de cemento social. La sociedad funcionaba y se cohesionaba gracias a la concesión y recepción de «beneficios», en la terminología de Séneca, es decir, favores, honores, privilegios y servicios de diferentes tipos. La caridad cristiana y la limosna también difundían una sensación de comunidad y buena voluntad. Por último, el alarde de liberalidad realzaba la dignidad y el prestigio de una persona en la sociedad.

EL EXCEPCIONALISMO ESTADOUNIDENSE Y LA TRADICIÓN LIBERAL

Aun así, la liberalidad cristiana, sobre todo en sus manifestaciones puritanas, podía conducir, y de hecho condujo, a posiciones potencialmente problemáticas. Esto se puede observar en el famoso sermón «Una ciudad sobre una colina» pronunciado por el predicador puritano John Winthrop (1587-1649) a su llegada a la Colonia de la Bahía de Massachusetts en 1630. Winthrop, todavía a bordo del buque *Arabella*, declaró que los tiempos tan inusuales que estaba viviendo su comunidad puritana exigían de ella una «extraordinaria liberalidad». Insistió en que, enfrentados a circunstancias especialmente difíciles, nunca se era «demasiado liberal». Una liberalidad extraordinaria era su

única receta para la supervivencia, y ahora se reclamaba la liberalidad mutua a toda la comunidad. Debían pensar en el bien común antes que en sí mismos. En los años siguientes, se invocaría a menudo este sermón para apoyar la idea del excepcionalismo estadounidense, cuyos principios fundacionales liberales eran un faro para el mundo. Los colonos debían «llevar los unos las cargas de los otros» y verse a sí mismos como una «compañía de Cristo, unida por el amor».²⁷

La defensa de una liberalidad extraordinaria por parte de Winthrop era, sin duda, poco frecuente en el siglo XVII. Más comunes eran las exhortaciones a practicar una liberalidad moderada, selectiva y aristocrática que no supusiera ninguna amenaza para el *statu quo* aristocrático y monárquico. En palabras del teórico holandés del derecho natural Hugo Grocio (1583-1645), los seres humanos eran criaturas sociables y razonables por naturaleza. Eran capaces de actuar de una manera liberal los unos con los otros y también estaban moralmente obligados a hacerlo. *Sobre los deberes* de Cicerón tuvo catorce ediciones en inglés y muchas más en latín entre 1534 y 1699. Era un texto básico en escuelas como Westminster y Eton, y en varias facultades de Cambridge y Oxford. Entre 1678 y 1700 también se publicó una versión abreviada de *De los beneficios* de Séneca.²⁸ A los jóvenes varones que estudiaban en las instituciones de élite de toda Europa se les enseñaba que la sociedad dependía de su liberalidad, es decir, de su generosidad, su probidad moral y sus valores cívicos.

Así pues, para mediados del siglo XVII los europeos ya llevaban más de dos mil años declarando que la liberalidad era una virtud necesaria. Si alguna vez hubo una tradición liberal, fue esta.

THOMAS HOBBS Y JOHN LOCKE SOBRE LA LIBERALIDAD

Hoy en día, se suele considerar a Thomas Hobbes (1588-1679) y John Locke (1632-1704) los padres fundadores del liberalismo. Sin embargo, resulta curioso, ya que nunca utilizaron esta palabra y tenían puntos de vista radicalmente diferentes sobre la liberalidad.

Hobbes se oponía rotundamente a la tradición liberal descrita anteriormente. Declaraba que los hombres eran por naturaleza violentos y egoístas. «Pobres», «desagradables» y «cruels», se movían impulsados por el temor mutuo. La guerra era su condición natural. Hobbes sostenía que los seres humanos eran incapaces de gobernarse a sí mismos o de convivir pacíficamente sin un líder poderoso «que los mantenga en el temor y dirija sus acciones al beneficio común». Solo un Gobierno fuerte e indivisible en manos de un mo-

marca absoluto podía evitar una «guerra perpetua de cada hombre contra su vecino».²⁹ La liberalidad no desempeñaba un papel discernible en el discurso de Hobbes.

Los filósofos del derecho natural, los moralistas y los pensadores religiosos de toda Europa reaccionaron con horror a las premisas de Hobbes y le acusaron de ateísmo e inmoralidad. En un tratado tras otro presentaron una visión más optimista del ser humano y reafirmaron la existencia y la relevancia de la liberalidad para la vida en común, apelando a menudo a la autoridad de Cicerón. Los hombres estaban capacitados para practicar la liberalidad y también estaban obligados a hacerlo. Los seres humanos habían sido dotados por Dios para expresar bondad hacia los demás. Pese a las animadversiones de Hobbes, la creencia en el poder de la liberalidad sobrevivió e incluso prosperó.

En Francia, sin embargo, un prestigioso grupo de moralistas católicos muy influidos por el jansenismo se formó opiniones muy similares a las de Hobbes.³⁰ Blaise Pascal, François de la Rochefoucauld, Pierre Nicole y Jacques Esprit también compartían una opinión muy pesimista sobre la naturaleza humana. En palabras de Pascal, el hombre era un ser vil y abyecto cuya motivación primordial era siempre el amor propio.³¹ Pierre Nicole, otro eminente moralista francés de tradición jansenista, afirmaba que el hombre se amaba a sí mismo «sin límites ni medida» y eso le volvía violento, injusto y cruel. Sin una monarquía absoluta que los contuviera, los hombres vivirían en un perpetuo estado de guerra entre sí. El miedo y la codicia eran los que mantenían unida a la sociedad.³² Para los jansenistas franceses, al igual que para Hobbes, cuando los hombres intercambiaban servicios y cortesías unos con otros lo hacían siempre por interés personal, no debido a ninguna capacidad innata para practicar la liberalidad.

Sin embargo, curiosamente, los jansenistas no negaban la importancia de la liberalidad. Lo que hacían era describirla como una falsa virtud, aunque necesaria. En su opinión, era algo parecido a los buenos modales, que los hombres practican para ocultar su carácter pecaminoso natural. En *La fausseté des vertus humaines* (*La falsedad de las virtudes humanas*) de 1678, Jacques Esprit resumía la forma de pensar de los jansenistas cuando afirmaba que todo lo más que podían hacer los seres humanos era «hacerse pasar por liberales».³³ No obstante, cabe destacar que varios de estos pensadores jansenistas, y Nicole en particular, llegaron a la conclusión de que esta hipocresía era necesaria para que la sociedad humana funcionara. La liberalidad no tenía que ser sincera para que la sociedad se cohesionara.

Otros filósofos, teólogos y escritores o ignoraron o rechazaron este pesimismo acerca de la naturaleza humana y su obsesión con los motivos pecaminosos y la hipocresía. Uno de estos filósofos fue John Locke. Locke tradujo

algunos de los ensayos de Nicole y, durante el proceso, acentuó lo positivo: «El amor y el respeto son los lazos de la sociedad y son necesarios para su preservación», escribió. La sociedad dependía del «intercambio de bondad». Sin ella, la sociedad apenas podía «mantenerse unida».³⁴

La idea de que los seres humanos eran, por naturaleza, capaces de comportarse liberalmente y estaban obligados a hacerlo aparece repetida en casi todo lo que escribió Locke. En su libro más influyente, *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1689), argumentaba en contra de concepciones ortodoxas del pecado original y las teorías epistemológicas imperantes afirmando que las ideas morales eran aprendidas, no innatas; por consiguiente, a todos los seres humanos se les podía y debía enseñar los principios morales por los que regir sus vidas. En *La razonabilidad del cristianismo* (1695), Locke insistía en la importancia de que los cristianos realizaran buenas obras. Jesús ordenaba «Amar a nuestros enemigos, hacer el bien a aquellos que nos odian, bendecir a quienes nos maldicen, rezar por quienes nos ultrajan; paciencia y mansedumbre ante los agravios, perdón, liberalidad, compasión».³⁵

Estas ideas sobre el deber y la capacidad de ser liberales de los seres humanos también constituyen el sustrato de *Dos tratados sobre el gobierno civil* (1690) de Locke, en el que reconocía de nuevo que los hombres tenían obligaciones para con sus semejantes, incluido, en particular, el deber de contribuir a la preservación de la humanidad. En clara oposición a Hobbes, sostenía que, debido en buena medida a que los hombres se podían comportar éticamente, no necesitaban un monarca absoluto que los gobernara. Los hombres en un estado natural eran capaces de conocer y seguir la ley moral. En otras palabras, debido precisamente a que eran capaces de practicar la liberalidad, podían vivir bajo una monarquía constitucional limitada que se caracterizase por respetar un amplio espacio para el autogobierno.

Locke contribuyó de otras maneras a la tradición liberal que estamos describiendo. Destacó, entre otras cosas, la importancia de enseñar la liberalidad a los niños. En *Pensamientos sobre la educación* (1693) enumeró algunos de los principios morales más fundamentales que creía se debían aprender los más pequeños. Se les tenía que enseñar a ser «amables, liberales y corteses» con los demás. El egoísmo debía ser «extirpado y la cualidad contraria [... implantada]». Los niños debían aprender a «compartir fácil y alegremente con sus amigos».³⁶ El discípulo y amigo de Locke, el tercer conde de Shaftesbury (1671-1731), decía que este tipo de educación formaba un «temperamento y un talante generosos, apetitos bien regulados e inclinaciones dignas».³⁷

El teólogo escocés George Turnbull (1698-1748) ahondó más en estos principios en su muy leída obra *Observations on Liberal Education in All Its Branches* (1742). En ella explicaba que el propósito de una educación liberal

era formar a los jóvenes para que se convirtieran en miembros dignos de la sociedad. Para ello era necesario enseñarles «autodominio» y lo que Turnbull llamaba «libertad interior», con el fin de vencer el egoísmo y los vicios. Había que formar a los hombres jóvenes para que amaran lo correcto: la justicia, la verdad y el bien común de la humanidad. Eso significaba «humanizar la mente» y «despertar los afectos generosos».³⁸

LA LIBERALIDAD EN LA ILUSTRACIÓN

Hay quienes afirman en la actualidad que el liberalismo tiene sus orígenes en la Ilustración, pero una vez más es importante recordar que nadie hablaba de liberalismo en el siglo XVIII. La palabra y el concepto aún no habían sido concebidos. No obstante, se continuó promoviendo la liberalidad y, gracias a las nuevas formas de comunicación, se extendió como nunca antes.

La liberalidad siguió siendo durante la Ilustración una virtud asociada principalmente con las élites de la nobleza y la aristocracia. A *Dictionary of the English Language* del doctor Johnson definía la palabra «liberal» como «no humilde, no de clase baja», vinculada a «convertirse en un *gentleman*». Como hasta entonces, se daba por supuesto que solo unos pocos elegidos tendrían acceso a una educación que formaría el «temperamento generoso y amable»³⁹ de un hombre liberal. John Locke escribió su tratado sobre la educación pensando en los hijos de los *gentlemen*, y el código moral que promovía era aristocrático. Impartió charlas sobre moral a estos jóvenes, organizó un club social para *gentlemen* y firmó sus obras como «John Locke, *gentleman*».⁴⁰ Según Shaftesbury, la educación apropiada para ellos debía formar un «carácter refinado y liberal», adecuado para los líderes naturales de la sociedad, pero no para el «vulgo».⁴¹ El popular libro *Observations* de Turnbull iba dirigido a los hijos jóvenes de «la nobleza y la alta burguesía». El propósito de una educación liberal era inculcar en las mentes de los jóvenes de «buena cuna» «un temperamento verdaderamente liberal y viril».⁴²

Las referencias a lo caballeroso y la virilidad son frecuentes en los textos del siglo XVIII sobre las virtudes de una educación liberal. En esa época, casi nadie consideraba que fuera una buena idea ampliar la mente de las chicas. *La educación de las jóvenes* (1687) de François Fénelon resumía sucintamente el consenso imperante. Escrito por petición del duque y la duquesa de Beauvilliers, que tenían nueve hijas, pronto fue traducido al inglés y al alemán, y fue reeditado con frecuencia durante los siglos XVIII y XIX, convirtiéndose en uno de los manuales de educación más populares de la época. Fénelon escribió que el aprendizaje de las jóvenes se debía mantener dentro de

unos límites estrechos. Era importante «contener sus espíritus en lo posible», mantenerlas centradas en sus quehaceres domésticos, es decir, «gobernar una casa, hacer feliz a un marido y criar a los hijos». Se debían privar explícitamente a las mujeres de los estudios humanísticos porque podrían «envanecerse». ⁴³

Cien años más tarde, un reformador ilustrado como Adam Smith (1723-1790) seguía pensando que era necesario que a las jóvenes de su época solo se les enseñara lo que era útil que conocieran y «nada más». Cada aspecto de su educación debía prepararlas para las funciones domésticas para las que estaban predestinadas: «Mejorar los atractivos naturales de su persona, preparar su mente para el recato, la modestia, la castidad y la economía; prepararlas adecuadamente para que lleguen a ser amas de casa de una familia y para que se comporten debidamente cuando lleguen a serlo». ⁴⁴ En la época de Smith, las teorías biomédicas sobre la «naturaleza» de las mujeres estaban reforzando las ideas tradicionales sobre lo que constituía una educación adecuada para ellas al sugerir que el trabajo intelectual continuo era perjudicial para su salud. ⁴⁵

No obstante, entretanto la conformación de las mentes liberales masculinas estaba cada vez más valorada durante la Ilustración. El propio Smith se benefició de recibir una educación en las artes liberales, que lo preparó bien para los estudios universitarios y, con el tiempo, para ocupar el puesto de profesor de filosofía moral en la Universidad de Glasgow. Allí estudió filosofía moral con Francis Hutcheson (1694-1746), cuyas enseñanzas hacían hincapié en la importancia de la liberalidad, es decir, de realizar «actos de bondad hacia los demás». ⁴⁶ La conferencia inaugural de Hutcheson en Glasgow versó sobre la «La fraternidad natural de la humanidad». Hutcheson refutaba explícitamente la filosofía egoísta de Hobbes y afirmaba que los seres humanos estaban dotados de un sentido moral que hacía que fueran capaces de ver la virtud de los sentimientos benévolos, generosos y compasivos y de animarlos a comportarse en consecuencia. Enseñaba que la «cultura de nuestras mentes consiste principalmente en la formación de opiniones sobre nuestro deber», y tener presente constantemente el interés común era uno de los deberes más importantes de todos. ⁴⁷ Para aprender más sobre estos deberes, Hutcheson recomendaba a los estudiantes que leyeran a Cicerón, Locke y Shaftesbury.

El talante liberal se combinaba a menudo con la condescendencia, cuando no con el menosprecio absoluto, hacia los pobres. Este era el caso sin duda en Francia, donde bien entrado el siglo XIX se seguía identificando estrechamente la liberalidad con la nobleza. Según explicaba el obispo y predicador católico Jean-Baptiste Massillon (1663-1742) en uno de sus famosos sermones, las clases más bajas eran incapaces de practicar la liberalidad, mientras que la generosidad, los sentimientos elevados y la sensibilidad hacia los infor-

tunados eran rasgos de la nobleza.⁴⁸ John Locke formuló observaciones similares. Afirmaba que la educación en las artes liberales no estaba pensada para «la mayor parte del género humano, ya que están entregados al trabajo y atados a la necesidad que les impone su humilde condición». Escribió que se podía enviar a trabajar a los niños pobres desde los tres años.⁴⁹ Locke, en tanto que agente del colonialismo inglés, también ayudó a escribir textos que defendían la esclavitud.⁵⁰ Revistas, tratados y diccionarios difundían estas ideas bien entrado el siglo XIX. Calificaban la educación en las artes liberales como «apta para caballeros y eruditos», mientras que la educación en los «oficios mecánicos y manuales» era la apropiada para las «personas más humildes» destinadas a desempeñar ocupaciones «serviles».⁵¹

En Estados Unidos, también, la alta burguesía más asentada tendía a considerar a la gente corriente estrecha de miras e intolerante por naturaleza. Para Nathanael Greene (1742-1786), uno de los generales de George Washington, «el gran conjunto de la sociedad» era siempre «estrecha de miras, egoísta e iliberal». No debía confundirse nunca con los caballeros, que poseían naturalezas más nobles.⁵² Es conocido que el propio Washington habló de «la multitud que padece», y John Adams de «el rebaño de la humanidad». «Las personas comunes no tienen ni idea [del] aprendizaje, la elocuencia y el ingenio», escribió. Sus «imaginaciones vulgares y rústicas» se extraviaban fácilmente.

TRANSFORMACIONES DURANTE LA ILUSTRACIÓN

Aunque la Ilustración hizo suya la importancia de la liberalidad, también introdujo nuevos usos del término. Se amplió su alcance y, en algunos sentidos, se democratizó. Para entonces era posible hablar no solo de individuos liberales, sino también de opiniones, ideas y maneras de pensar liberales. Estas opiniones, ideas y maneras de pensar podían manifestarse en círculos de personas más amplios: escritores y académicos, predicadores y funcionarios, las personas instruidas e incluso toda una generación.

Aunque se seguía considerando que la educación en las artes liberales era la vía principal para promover la liberalidad entre los jóvenes de la élite, los filósofos de la Ilustración empezaron a pensar que también se podía aprender a ser liberal en otros entornos. Una persona podía adquirir la liberalidad en muchos lugares, como los clubes de caballeros, las logias masónicas, los salones y las galerías de arte, que proliferaban, todos ellos, en esa época.⁵³ De este modo, en el siglo XIX un club de caballeros de Londres explicaba que su finalidad era la «mejora mutua mediante la conversación liberal y la indagación racional». El club consideraba que difundía por todo el país una «liberalidad

de espíritu» que sus miembros creían que propiciaba el progreso.⁵⁴ Al parecer, uno se podía volver liberal pensando y hablando libremente con otros. Y esta liberalidad daría lugar a una mejora de toda la sociedad.

El historiador escocés William Robertson (1721-1793) valoraba muy positivamente esta expansión de la liberalidad. Escribió que, a lo largo de la historia, los sentimientos liberales habían ido creciendo y se habían ido diseminando por toda Europa. Estaban logrando que los modales de los europeos se volvieran más suaves, refinados y civilizados.⁵⁵ Un pensador alemán del siglo XVIII aseveraba que los postulados liberales eran principios que estaban en sintonía con las fuerzas razonables, morales y progresistas de la historia.⁵⁶ Muchos otros estuvieron de acuerdo. George Washington celebró la «creciente liberalidad de sentimientos» de su época, convencido de que estaba teniendo una «influencia benéfica en la humanidad».⁵⁷

Una de las formas más importantes en que la liberalidad estaba mejorando a la humanidad era fomentando la tolerancia religiosa. Era algo nuevo. Argumentos cristianos que se remontaban como mínimo a san Agustín (354-430) sostenían que el castigo de los herejes era un acto de caridad, ya que ayudaba a salvarlos ante los ojos de Dios e impedía que la sociedad se sumiera en el caos. El predicador de la corte francés Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704) instaba al rey a ser liberal y «pensar grandes ideas» por el «bien de la humanidad»,⁵⁸ pero no veía ninguna contradicción en alabar también al rey por la intensificación de la persecución de los protestantes franceses, que incluía la conversión forzosa, el encarcelamiento y el exilio de centenares de miles de franceses y francesas. No hay ningún indicio de que él, ni ningún otro en esa época, estableciera una conexión entre la virtud de la liberalidad y la idea de tolerancia religiosa.

John Locke parece haber sido el primero en establecer esa relación. Alarmado por la creciente persecución de los protestantes emprendida por Luis XIV en Francia, y preocupado también por las constantes disensiones entre los protestantes en su país, Locke agrupó los conceptos de liberalidad y tolerancia en su *Carta sobre la tolerancia* (1685). Locke afirmaba que la tolerancia no solo era «aceptable para el Evangelio de Cristo», sino que era «la característica principal de la verdadera Iglesia». En este sentido, Locke convertía la tolerancia en un deber cristiano. Pero también sostenía que no bastaba simplemente con tolerarse: los cristianos estaban obligados a ser liberales unos con otros. «Tampoco debemos contentarnos con las normas de la mera justicia... sino que debemos agregarles la caridad, la magnificencia y la liberalidad. Así lo ordena el Evangelio, así lo dicta la razón y así nos lo exige la natural fraternidad en que hemos nacido», escribió.⁵⁹ Locke amplió mucho el mandato de ser liberal, al menos para su época. Incluía a todas las sectas protestantes e incluso a los paganos, los musulmanes y los judíos. Pero la libe-

ralidad para Locke seguía teniendo límites; dejaba fuera a la mayoría de los católicos o ateos.⁶⁰ Otros después de él irán mucho más allá.

De hecho, a lo largo del siglo XVIII, la tolerancia religiosa se convirtió en un valor liberal fundamental. Los disidentes protestantes, que no pertenecían a la Iglesia oficial de Inglaterra, fueron especialmente decisivos a la hora de difundirla. Estaban sujetos a una serie de inhabilitaciones jurídicas, y organizaron una campaña a favor de la derogación de estas leyes restrictivas bajo la bandera de la liberalidad. Por ejemplo, en un sermón sobre «cuestiones liberales», el ministro disidente Samuel Wright (1683-1746) declaró que ser liberal significaba enfrentarse a los intolerantes. La liberalidad obligaba a todos los cristianos a apoyar los «principios de la libertad tanto en los asuntos civiles como en los religiosos».⁶¹ En este sentido, la liberalidad pasó a asociarse no solo con la tolerancia religiosa, sino también con la demanda de reformas políticas y jurídicas.

Richard Price (1723-1791) fue uno de los líderes de la comunidad disidente y un amigo tanto de Benjamin Franklin como de Thomas Jefferson. Price afirmaba lo siguiente sobre las «ideas liberales»: «Extirpan los espantosos prejuicios que nos hacen recelar unos de otros; y nos permiten considerar con igual satisfacción y placer a nuestros vecinos, amigos y conocidos, sean cuales sean sus formas de culto o sus sistemas de fe».⁶² El *Oxford English Dictionary* documenta que en 1772 la palabra «liberal» había pasado a significar «libre de sesgos, prejuicios o intolerancia; de mente abierta, tolerante». Y a finales de siglo, un número cada vez mayor de caballeros con una mentalidad liberal abogaban por una concepción de la tolerancia religiosa cada vez más amplia, y consideraban que esta era la política más «justa y liberal» que podían adoptar los gobiernos.⁶³

Uno de estos caballeros era George Washington, quien, como presidente de Estados Unidos, propugnaba lo que él denominaba una política religiosa liberal. Con ello se refería a una política generosa y tolerante que concediera libertad de culto no solo a las diferentes sectas protestantes, sino también a los católicos y los judíos. Washington escribió el 15 de marzo de 1790 en su famosa «Carta a los católicos de Estados Unidos de América»: «A medida que los seres humanos se vuelvan más liberales, estarán más dispuestos a permitir que todos aquellos que se comporten como miembros dignos de la comunidad gocen del mismo derecho a la protección del gobierno civil. Espero ver alguna vez a Estados Unidos entre las principales naciones que sean un ejemplo de justicia y liberalidad».⁶⁴ Unos meses más tarde escribió a la Congregación Hebrea de Newport (1790): «Los ciudadanos de Estados Unidos tienen derecho a felicitarse por haber dado a la humanidad ejemplos de una política liberal y ampliada, una política digna de imitación. Todos poseen por igual libertad de conciencia y los privilegios de la ciudadanía».⁶⁵

Estados Unidos pronto sería famoso por sus leyes liberales en materia religiosa y por la separación entre la Iglesia y el Estado, considerada un principio intrínsecamente estadounidense.

LA TEOLOGÍA LIBERAL Y EL CRISTIANISMO LIBERAL

La Ilustración realizó otra contribución decisiva a la historia de la liberalidad: inventó los conceptos de «teología liberal» y «cristianismo liberal», que tendrían una olvidada influencia en la historia del liberalismo. La expresión «teología liberal» fue acuñada por estudiosos protestantes y alemanes como Johann Salomo Semler (1725-1791), que la utilizó por primera vez en 1774.⁶⁶ Semler se refería con ella a una perspectiva religiosa y una manera de interpretar la Biblia que era ilustrada y erudita y, por tanto, adecuada para los hombres liberales de un siglo ilustrado.⁶⁷ Se trataba de una teología libre de restricciones dogmáticas y abierta al examen crítico. El enfoque «liberal» de la Biblia de Semler le llevó a concluir que la esencia del cristianismo no era dogmática, sino moral.

Las ideas de Semler dieron pie a un largo y acalorado debate sobre la relación entre el liberalismo religioso y la ortodoxia. Su teología liberal no tardó en expandirse por Alemania y pasó a ser la corriente teológica dominante a finales de siglo. Su influencia incluso se extendió fuera de Alemania. En 1812, la publicación unitaria estadounidense *General Repository and Review* elogió efusivamente a Semler, a quien denominó el teólogo «más erudito [e] ilustrado», ya que «abría un campo nuevo para las mentes liberales» y defendía «ideas liberales y audaces».⁶⁸

La expresión «cristianismo liberal» (en contraposición a «teología liberal») fue inventada posiblemente en Estados Unidos, donde la promovió un grupo de clérigos protestantes pequeño, pero elocuente, que se concentraba en la zona de Boston. Llamados «cristianos liberales» y a veces «partido liberal», acabaron adoptando la etiqueta de «unitarios». Su proponente más famoso fue William Ellery Channing (1780-1842),⁶⁹ cuyos textos se tradujeron y divulgaron ampliamente fuera de Estados Unidos. Tanto el cristianismo liberal como la teología liberal suscitaron controversias acaloradas y persistentes que tendrían una enorme repercusión en la historia del liberalismo y, a los ojos de muchos, la empañarían.

Los cristianos liberales tendían a ser caballeros adinerados e instruidos. Sostenían que su religión era apropiada para los hombres corteses y doctos, hombres con educación liberal y buen gusto. Estos hombres aborrecían la «deplorable iliberalidad» de los incultos,⁷⁰ gentes susceptibles al «entusiasmo» y proclives al fanatismo. La religión de un hombre liberal debía ser «algo

sosegado y racional, resultado de la reflexión y el examen». ⁷¹ Era la antítesis misma del «paroxismo religioso», de los «amargos chillidos y gritos; temblores y agitaciones similares a convulsiones» que caracterizaban a diversas formas de evangelismo popular. ⁷²

Para sus seguidores, el cristianismo liberal era una versión del cristianismo actualizada y muy necesaria, más compatible con los valores ilustrados de la época en la que vivían. No insistía en doctrinas pesimistas sobre el pecado del hombre ni hacía hincapié en los dogmas ni en lo sobrenatural. En su lugar, resaltaba la importancia del comportamiento moral y creía firmemente en la capacidad del hombre para superarse. Los cristianos liberales se enorgullecían de su tolerancia hacia las otras sectas protestantes, y de ser sociables y razonables. Profesaban una religión que cultivaba lo que uno de los predicadores favoritos de Locke llamaba «disposiciones libres y liberales». ⁷³

LA POLITIZACIÓN DE LA LIBERALIDAD

No todos los pensadores de la Ilustración estaban convencidos de que la sociedad mejoraba gracias a la influencia de la liberalidad. A medida que las economías crecían, cambiaban y generaban una riqueza sin precedentes, a algunos empezó a preocuparles el aumento de la desigualdad, la vanidad y el egoísmo que parecía acompañarla. En un ensayo que causó sensación a mediados de siglo, el filósofo ginebrino Jean-Jacques Rousseau (1712-1788) rechazaba la idea de que las artes liberales estuvieran mejorando la sociedad. En una línea muy similar a la de los jansenistas que le precedieron, afirmaba que simplemente enmascaraban una sociedad profundamente corrupta. ⁷⁴ Los hombres se estaban volviendo más doctos y educados, pero también estaban perdiendo sus valores cívicos, su dedicación al bien común. Los hombres modernos no estaban a la altura del antiguo ideal romano de ciudadanía descrito, entre otros, por Cicerón.

A los pensadores escoceses les resultaban especialmente preocupantes los efectos del cambio económico. Adam Ferguson (1723-1816), un atento lector tanto de Cicerón como de Rousseau, deploraba los valores mercenarios que creía que se estaban propagando. El egoísmo estaba amenazando los lazos mismos de la sociedad, convirtiendo a Escocia en una «nación servil de ilotas». ⁷⁵ La obsesión por el comercio y la riqueza estaba provocando el abandono de los deberes cívicos, creando lo que un compatriota suyo más famoso, Adam Smith (1723-1790), llamaría una sociedad de extraños.

A Rousseau, Ferguson y Smith se sumaron muchos otros pensadores de la Ilustración que reflexionaron detenidamente sobre cómo enseñar a los ciudadanos a preocuparse más por el bienestar general. Para estos filósofos, las ar-

tes liberales, tal y como se impartían, no funcionaban. Incluso un científico como Joseph Priestley (1733-1804) se quejó de que la educación en las artes liberales de su época se había vuelto demasiado técnica y no tenía nada de liberal. Afirmaba que, para que una educación en las artes liberales fuera útil, debía prestar más atención al civismo. Un reformista escocés escribió que a los alumnos se les debía enseñar patriotismo y otro sostenía que los jóvenes debían aprender el amor por la libertad y los valores cívicos, incluso el fervor por la constitución. Adam Ferguson recordó a los ciudadanos que la liberalidad no era un sinónimo del refinamiento o de la sociabilidad cosmopolita, sino que se refería a «ese hábito del alma por el que nos consideramos parte de una bien amada comunidad... cuyo bienestar general es para nosotros el principal objeto de preocupación y la gran regla de nuestra conducta». Los sentimientos verdaderamente liberales se interesaban por el mantenimiento de una constitución libre.⁷⁶ Alentaban el compromiso de los ciudadanos.

DE LAS CARTAS LIBERALES A LAS CONSTITUCIONES LIBERALES

Desde la Edad Media, los reyes y los emperadores habían promulgado cartas que conferían derechos o privilegios a las ciudades, las compañías o los individuos. Los soberanos que las otorgaban, o las cartas mismas, se consideraban liberales cuando los derechos que concedían eran juzgados sólidos y, por ejemplo, implicaban concesiones económicas generosas y un autogobierno considerable.⁷⁷ Cuando los ingleses abandonaron su país con rumbo al Nuevo Mundo, se llevaron consigo lo que solían llamar cartas liberales que establecían las colonias,⁷⁸ y cuando surgieron tensiones entre Inglaterra y Estados Unidos a mediados del siglo XVIII, gran parte del debate giró en torno a si el Gobierno británico tenía derecho a cambiar los términos de esas cartas e imponer nuevas regulaciones e impuestos a las colonias. Los estadounidenses insistían en que estas imposiciones infringían las cartas, así como las protecciones otorgadas por la Constitución británica. Ya no eran generosas ni se basaban en el principio de liberalidad; ya no eran liberales.

Fue en este entorno sumamente politizado en el que Adam Smith publicó su famoso libro *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776). En la actualidad está considerado un texto fundacional del liberalismo clásico y abordaba directamente las cuestiones estadounidenses. Smith mismo lo describió como un «ataque muy violento... contra todo el sistema comercial de Gran Bretaña».⁷⁹ No solo denunciaba las políticas comerciales inglesas y defendía en su lugar lo que denominó un «sistema liberal de libre exportación y libre importación», sino que utilizó la economía de América del Norte para poner de manifiesto los defectos de la de Inglate-

rra. Estados Unidos ilustraba las ventajas de un sistema de libertad natural, en el que la inversión sin impedimentos en la agricultura estaba provocando un rápido avance hacia la riqueza y la grandeza.⁸⁰ En cambio, el complejo y corrupto sistema británico de aranceles, gravámenes, monopolios y otros mecanismos jurídicos estaba enriqueciendo a los ya ricos al tiempo que mantenía al resto del país en la pobreza.

El uso que hace Smith de la palabra «liberal» en *La riqueza de las naciones* evocaba un significado centenario con el que ahora estamos familiarizados. Era un término cuyo significado moral habría comprendido cualquier caballero educado de su época. En el libro IV, capítulo 9, Smith se declaraba a favor de «permitir que todo hombre persiga su propio interés a su manera, según el plan liberal de igualdad, libertad y justicia». Sus lectores habrían reconocido de inmediato que el «plan liberal» de Smith tenía que ver no solo con la libertad, sino también con la generosidad y la reciprocidad.

Con frecuencia se olvida que la primera obra importante de Smith, y posiblemente la más influyente, versaba sobre ética. En su *Teoría de los sentimientos morales* (1749), Smith escribió que «no es un ciudadano quien no aspira a promover, por todos los medios a su alcance, el bienestar del conjunto de la sociedad de sus conciudadanos». Y proseguía: «El individuo sabio y virtuoso está dispuesto en todo momento a que su propio interés particular sea sacrificado por el interés público de su estamento o sociedad particular. También está dispuesto en todo momento a que el interés de su estamento o sociedad sea sacrificado por el interés mayor del Estado, o soberanía, del que solo es una parte subordinada».⁸¹ Además, Smith consideraba la «liberalidad» una de las virtudes cardinales y el tratado contiene una larga disertación sobre la gratitud y la benevolencia.⁸²

Los principios liberales que Smith defendía en *La riqueza de las naciones* eran «en interés de los ciudadanos», mientras que los mercantiles favorecían la «mezquina rapacidad» de los comerciantes y los industriales británicos que, en connivencia con la aristocracia terrateniente, conspiraban contra el bien público.⁸³ Smith defendía el libre comercio argumentando que incrementaría el bienestar de las «clases más bajas del pueblo» y obraría «en beneficio de los pobres y los indigentes».⁸⁴

No puede sorprendernos que los estadounidenses interpretaran *La riqueza de las naciones* como un alegato a favor de su política de separación de Inglaterra. Unos meses después de su publicación, el Congreso Continental abrió los puertos estadounidenses a todos los barcos extranjeros y se intensificaron las peticiones en Estados Unidos a favor del libre comercio. La propia supervivencia del nuevo país dependía de ello. Los estadounidenses confiaban en que, gracias a la negociación de acuerdos comerciales nuevos y liberales con las naciones del mundo, se iniciaría una nueva época de prosperidad y

paz. Y el 4 de julio de 1776, el Congreso Continental adoptó la Declaración de Independencia, con la que Estados Unidos anunciaba su secesión del imperio británico y sus razones para hacerlo.

Los estadounidenses argüían que los gobiernos derivaban su autoridad del consentimiento de los gobernados. Se instituían para garantizar los derechos humanos inalienables. Siempre que un gobierno se volviera destructivo para lograr sus fines, el pueblo tenía derecho a oponer resistencia e incluso a derrocarlo. Además, los hombres eran creados iguales y poseían el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad. Los trece estados nuevos se dotaron pronto de constituciones escritas que establecían prácticamente el mismo principio: los gobiernos se instituían para garantizar los derechos humanos inalienables.

Obviamente, el interés por los derechos y sus protecciones no era nuevo en 1776. El propio Gobierno británico reconocía haber concedido cartas que otorgaban derechos y privilegios a las colonias. Una diferencia importante de la Declaración de Independencia era que ahora los derechos se consideraban naturales, iguales y vinculantes. Ya no se entendían como privilegios concedidos por un soberano liberal y, por tanto, sujetos a la revocación por parte de este.

Este nuevo matiz del concepto de derechos fue acompañado de su correspondiente cambio en el uso de la palabra «liberal». Mientras que con anterioridad se había utilizado para designar las generosas concesiones de un soberano a sus súbditos o el comportamiento magnánimo y tolerante de una élite aristocrática, ahora se empleaba para describir la constitución generosa y libre de un pueblo que legislaba para sí mismo.

ESTADOS UNIDOS, EL PAÍS MÁS LIBERAL DEL MUNDO

En los años siguientes, y mientras los europeos oían hablar de las constituciones de Estados Unidos, se produjo un debate sobre qué forma de gobierno era más liberal, si la británica o la estadounidense. Los estadounidenses solían alardear de que sus constituciones eran las más liberales del mundo. Los sermones patrióticos propagaban este mensaje, y para ello los pastores estadounidenses combinaban un lenguaje cristiano, republicano y liberal. Samuel Cooper (1725-1783), un ministro congregacionista de Boston formado en Harvard, expresó en un sermón para conmemorar la constitución de Massachusetts que pronunció en 1780 su certeza de que los «gobiernos más liberales [y] las sabias instituciones políticas» de Estados Unidos atraerían a inmigrantes de todas partes.⁸⁵ Ezra Stiles (1727-1795), un ministro congregacionista formado en Yale que fue rector de la Universidad de Yale, también elogió el

sistema republicano estadounidense, al que describió como el «más equitativo, liberal y perfecto» imaginable.⁸⁶ El reverendo Joseph Lathrop (1731-1820) observó que la Constitución británica había sido en cierto momento «más liberal... que la mayoría de las otras formas de gobierno en Europa», pero ahora la Constitución estadounidense era «aún más liberal».⁸⁷ Estas referencias se podrían multiplicar indefinidamente. La *History of the American Revolution* (1789) de David Ramsay exponía la razón fundamental por la que la Constitución estadounidense era más liberal que las europeas: «La libertad de los gobiernos europeos modernos era, por lo general, consecuencia de las concesiones o la liberalidad de los monarcas o jefes militares. Solo en Estados Unidos la razón y la libertad concurrían en la formación de constituciones», escribió.⁸⁸

También los ciudadanos de Europa debatían qué forma de gobierno era más liberal. Richard Price llegó a la conclusión de que la estadounidense. En 1784 publicó *Observations on the Importance of the American Revolution*, que pronto fue traducido al francés. Escribió que Estados Unidos tenía ahora gobiernos «más liberales que ninguno que haya conocido el mundo».⁸⁹ Muchos europeos eran de la misma opinión.⁹⁰ Las constituciones de Estados Unidos convertían a este país en la tierra de la libertad, el país más liberal del mundo.

Un país liberal, pero no un país democrático. Estados Unidos no era en modo alguno una democracia en el siglo XVIII. Y, en cualquier caso, para la mayoría de las personas de la época, la «democracia» era sinónimo de anarquía o gobierno de la muchedumbre. Pero Estados Unidos tampoco reconocía los privilegios hereditarios, por lo que exigía que todos los ciudadanos hicieran gala de una «liberalidad de sentimientos y afecto verdaderamente noble», un compromiso cívico por parte de cada individuo «de apostar por el bien de todos».⁹¹

Su admiración por la Constitución estadounidense no significaba que los europeos aprobaran cada aspecto. Muchos deploraban la institución de la esclavitud y la denunciaban en sus escritos. Ya en 1778, el profesor de derecho escocés John Millar (1735-1801), un discípulo de Adam Smith, había escrito lo siguiente: «Constituye un espectáculo curioso observar que las mismas personas que hablan en un tono elevado de la libertad política, y que consideran que el privilegio de imponer sus propios impuestos es uno de los derechos inalienables de la humanidad, no tengan ningún escrúpulo a la hora de reducir a una gran proporción de sus semejantes a unas circunstancias en las que no solo resultan privados de la propiedad, sino incluso de casi todos los derechos. Quizá el destino nunca haya generado una situación más calculada para ridiculizar una hipótesis liberal, o para mostrar lo poco que en el fondo está la conducta de los hombres dirigida por algún principio filosófico».⁹²

También en las antiguas colonias resultaba cada vez más difícil conciliar los «sentimientos liberales» y el apoyo a la esclavitud.⁹³ El autor de un artículo publicado en el *Pennsylvania Packet* del 25 de marzo de 1780, que firmaba como «Un Liberal» —tal vez el primer uso de la palabra como sustantivo—, defendía la abolición de la esclavitud.⁹⁴ Otro escritor, que firmaba como «Liberalis», escribió en el *Pennsylvania Journal* en 1781: «Un buen *whig* debería considerar lo incoherentes que deben parecer a los europeos los ciudadanos de esos estados, quienes, pese a estar bien informados de sus propios derechos, siguen estando ciegos ante la situación de los africanos pobres». Declaraba que, naturalmente, «todos los hombres [son] libres e iguales».⁹⁵ Y sin embargo, como es de sobra conocido, la constitución federal no abolía la esclavitud, sino que la protegía.

Además, los antiabolicionistas sostenían que la esclavitud no era en modo alguno incompatible con los principios liberales. Los principios liberales y fundacionales de la nación, escribió uno de ellos, no eran antagónicos a la institución de la esclavitud. El estadista británico Edmund Burke (1729-1797), considerado hoy el fundador del conservadurismo, tampoco creía que la esclavitud menoscabara el «espíritu de libertad» del sur. Alegaba que, al contrario, era precisamente en el sur donde esa libertad era «más noble y liberal».⁹⁶

Algunos sugirieron que los principios liberales se aplicaran a las mujeres. Mientras John Adams asistía al Congreso Continental en Filadelfia, su esposa Abigail le escribió una famosa carta: «En el nuevo código de leyes que supongo será necesario redactar, desearía que te acordaras de las mujeres y fueras más generoso y favorable para ellas que tus antepasados. No pongas un poder tan ilimitado en las manos de sus maridos. Recuerda que todos los hombres serían tiranos si pudieran».⁹⁷ Ignorada por su marido, Abigail Adams (1744-1818) transmitió por carta a la escritora política Mercy Otis Warren (1728-1814) su frustración porque todavía no se hubieran establecido «algunas leyes a nuestro favor basadas en principios justos y liberales», de modo que «lo arbitrario y tiránico» no pudiera «perjudicarnos con impunidad».⁹⁸

La instauración de un sistema de gobierno liberal en Estados Unidos dio pie a una nueva reflexión sobre los fines de la educación liberal y a quién se debería impartir. Noah Webster (1758-1843), famoso por su diccionario, sus libros de ortografía y de texto, quería que Estados Unidos se diferenciara de Europa por tener un nuevo sistema de educación pública. Sostenía, citando al filósofo francés Montesquieu, que el sistema educativo de un país debía guardar «relación con sus principios de gobierno». En los gobiernos despóticos, las personas debían tener poca o ninguna educación; y en las monarquías la educación se debía adaptar a cada una de las clases de ciudadanos. Pero en la re-

públicas, «donde [el Gobierno] está en manos del pueblo», el conocimiento se debería difundir más ampliamente, incluso a «los más pobres». Y explicaba que «cuando hablo de divulgar el conocimiento, no me refiero simplemente al conocimiento de los libros de ortografía y el Nuevo Testamento». La educación tampoco debería limitarse a la ciencia. Para Webster era extremadamente importante «que los sistemas educativos... inculcaran en las mentes de los jóvenes estadounidenses los principios de la virtud y de la libertad, y los inspirara con ideas de gobierno justas y liberales». ⁹⁹

En los años inmediatamente posteriores a la revolución estadounidense tuvo lugar una considerable expansión de las oportunidades educativas. Algunos incluso creían que se debía ampliar la educación de las mujeres. Benjamin Rush (1746-1813), un director médico del ejército y signatario de la Declaración de Independencia, se lamentaba en «Thoughts upon Female Education» (1787) de que muchos hombres albergaran ideas tan «iliberales» sobre la educación de las mujeres. Les preocupaba que una educación liberal hiciera que sus esposas desatendieran sus tareas domésticas y fueran más difíciles de gobernar. Rush consideraba erróneo este planteamiento. Una educación mejor permitiría que las madres estadounidenses fueran mejores esposas y compañeras, y mejores educadoras de sus hijos. La forma de gobierno republicana de Estados Unidos hacía necesario que las mujeres estadounidenses recibieran una educación adecuada. De este modo, podrían instruir mejor a sus ciudadanos en los principios de su gobierno.

* * *

Como hemos visto, en vísperas de la Revolución Francesa, y antes de la invención del «liberalismo», existía en Europa una tradición centenaria que exhortaba a los hombres a ser liberales. Un término empleado originalmente para designar las cualidades ideales de un ciudadano romano, su amor por la libertad, la generosidad y el civismo fue cristianizado, democratizado y politizado, de forma que en el siglo XVIII se podía utilizar para describir la Constitución estadounidense. Se decía que una constitución liberal necesitaba ciudadanos liberales; en otras palabras, hombres que fueran amantes de la libertad generosos y cívicos, y que comprendieran su conexión con los demás y su compromiso con el bien común. Para defender esos valores era necesaria una educación en las artes liberales. Algunos también creían que hacía falta un tipo liberal de cristianismo, tolerante, razonable y abierto a la ciencia y al libre cuestionamiento.